

CASTELAR

RECORDARE mientras viva la única vez que oí hablar a Castelar, y no porque me produjese una muy fuerte impresión. Era yo estudiante, allá por los años del 80 al 84—no puedo precisar en cuál—y hablaba él desde la tribuna del Paraninfo de la Universidad Central, tampoco recuerdo con qué motivo. Sólo sé que era cosa de pedagogía y que nos contó una lección de un maestro suizo en un alto de los Alpes sobre la manera de formarse la nieve o cosa así. De lo que guardo mejor memoria es de su gesto, y en especial de su manera de echar el pañuelo, con que se enjugaba la frente, después de haberlo usado.

En mis mocedades de estudiante en Madrid no fué nunca Castelar idolo de mi devoción. Y eso que tenía yo un condiscípulo, el pobre Antonio R. García Vao, de cuya temprana y trágica muerte se acordarán, de seguro, aquellos de mis lectores que hayan pasado de la cincuentena, el cual no hacía sino entonarme himnos en loor de don Emilio y recitarme trozos escogidos de sus discursos. El hombre público a quien por entonces iban mis simpatías todas, el que me atraía, y a quien acudí a oír siempre que pude, era Pí y Margall. Y nunca, sin embargo, crucé dos palabras con él.

Mi simpatía hacia Pí y Margall y sus doctrinas arrancaba de antes de mi salida de mi tierra natal vasca. Siendo todavía estudiante del Instituto, en Bilbao, había leído su libro «Las Nacionalidades»—acaso el primer libro de política que leí—que era una especie de escritura sagrada en el grupo de amigos que a lo largo del Nervión, campo del Volantín adelante, comentábamos las doctrinas del federalismo, en vista siempre a la redención de nuestra Euzcalerria—así se la llamaba entonces y no Euzkadi, como luego—que se nos antojaba otra Irlanda, Hungría o Polonia. Porque entonces para nosotros, chicuelos de 1879, estos tres países eran los modelos de la esclavitud política.

Un fuerte aliento de romanticismo soplaba sobre nosotros. Y, sin embargo, no era Castelar; el romántico, el creyente, sino Pí y Margall, el proudhoniano, el positivista, el incrédulo, quien nos atraía. Mas era tan sólo, lo repito, por su posición respecto a nuestro problema regional; y eso que Castelar, padre de provincia—era éste un nobilísimo título que en Vizcaya existía—había también cantado—esta es la palabra—al árbol de nues-

tras libertades, al roble de Guernica. Pero todos esos cantos no significaban para nosotros nada junto a la doctrina del pacto sinálgmático, conmutativo y bilateral, verdadero principio anárquico.

Hay que reconocer, sin embargo, que la influencia de Castelar fué mucho mayor y más honda que la de Pí y Margall, tanto durante la Revolución como después, en la Restauración. ¿A qué se debió ello?

Castelar, que había nacido para orador sagrado más que político y cuyos discursos tenían no poco de sermones, conservó siempre la inspiración romántico-religiosa de los tiempos de un Lamennais o de un Chateaubriand. Tenía un cierto parecido con Mazzini, aunque no llegase a la fuerza y concentración de éste. Y Pí y Margall, por su parte, estaba de lleno dentro de la corriente positivista y anti-cristiana, o, si se quiere, irreligiosa. Y esto es, sin duda, lo que le dió a aquél más eficacia que a éste para luchar en las batallas de la libertad de la conciencia civil.

Nunca olvidaré los comentarios que siendo yo estudiante hacíamos al ver en Semana Santa a don Emilio Castelar, con su libro en la mano, acudir a los oficios del culto católico, y los extraordinarios equilibrios que García Vao, redactor después de «Las Dominicales del libre pensamiento» y resuelto racionalista ya entonces, tenía que hacer para explicarnos aquella aparente paradoja de conducta. Yo, que profesaba por entonces un furioso agnosticismo, acometía con mis argumentos al pobre García Vao empeñado en defender a su idolo.

Más tarde he visto que aquellas que nos parecían paradojas, en la conducta de Castelar, aquel su romanticismo de libre creyente, fué lo que le dió fuerza y eficacia y elevó su influencia sobre la de Pí y Margall, mi idolo cuando tenía 18 a 20 años.

Al recordar todo esto se me viene a las mentes Mazzini, el gran republicano forjador de la conciencia de unidad italiana, que hablando de la escuela del socialismo utópico de Fourier dijo que echaba en ella de menos «la consagración de la idea», del lazo, de la creencia común—la fe religiosa en suma, sin la cual no puede haber verdadera sociedad política—y que hablaba del hombre como de un ser que va sin descanso a la busca de un gran misterio porque es un ser a quien le está señalada una misión. Y viéneseme a





las mientes también aquella conmovida dedica-
 toria a Jacobo Ruffini, mártir de la unidad
 italiana, que precede a la conmemoración de
 los hermanos Bandiera hecha en 1844. En ella,
 entre otras palabras de encendida pasión, le
 dice Mazzini a su Ruffini: «Me quieres siem-
 pre, como viviendo (de) la vida terrestre,
 me quisiste? Yo ya no me siento, después
 que te hiciste ángel, digno de tí; pero dos
 o tres veces en mi vida, luego que el márti-
 rio te transformó, cuando entre las desgra-
 cias de mi patria y las desilusiones del indi-
 viduo, sentía que la duda infernal rozaba, sin
 vencerla, a mi alma, he pensado que tu ple-
 garia, intercedía por mí y que el poder de
 fe indómita, eterna, de que sacaba yo de
 repente fuerzas para combatir, era un beso de
 tus santos labios sobre la frente de tu po-
 bre amigo. Dame el que no desespere! Desde
 la esfera donde hoy tú vives una vida más
 potente de inteligencia y de amor que no la
 terrena, y donde los nuevos mártires de la fe
 italiana salían hace poco a tu encuentro tú
 ruegas con ellos a Dios padre y educador
 para que se apresuren a cumplirse los hados
 que El prefijó a Italia...»

¡Literatura! exclamará alguien desdeñosamente al leer esto. Es lo que suele exclamarse cuando se habla de la oratoria castelarina y se dice que pasó porque los oradores políticos de hoy son en general saháricos y ni prota una sola flor en su espíritu ni hay en sus discursos más frescura que la del sudor de sus frentes cuando los recitan. ¡Literatura! ¡Literatura, sí! Y ha sido la literatura, más que la ciencia y más sobre todo que la abogacía, la que ha hecho las grandes revoluciones, la que ha transformado a los pueblos.

Castelar no fué abogado. Como no lo fué Cánovas del Castillo. Ni Sagasta. Ni lo había sido Prim. Ni lo fué Salmerón cuando surgió primero a la vida pública. Pi y Margall sí. Pi y Margall fué un abogado, un abogado honradísimo, integérrimo, dechado de la profesión, pero fué un abogado. Y abogó sin cesar por el federalismo. Y con tal convicción que llegó alguna vez a decir que prefería una monarquía federativa a una república unitaria. Era federal republicano, no republicano federal.

Cierto es que Pi y Margall fué un excelente crítico de literatura y tenía aficiones literarias y artísticas. Es más, puede decirse que fué un literato. Pero... Pero la estética estaba ahogada en él bajo preocupaciones de otra índole. Creía más en las cosas que en los hombres. Tenía más de abogado que de poeta. Y tengo la convicción de que la literatura, la poesía más bien—en cualquiera de sus formas, y una es la oratoria—es un poder mucho más revolucionario que la ciencia. Y lo más revolucionario que hay es la religión.

Miguel de Unamuno

em Para lo
 nificaban para nos-
 trum del pacto sim-
 blicoral, verídico

la embargo, que in-
 más uncho mayor y
 Margall, tanta de-
 de para, en la Ex-
 pió esto?
 ho para orador su-
 y cuyos discursos
 era, conseró diez
 ero-religiosa de los
 o de un Chabero-
 parecido con Martí-
 fueran y convaler-
 quill, por su parti-
 la corriente posi-
 si se quiere, ha-
 lá, lo que le dá a
 a este para hacer
 ad de la conciencia

estudios que cuando
 el ver en España
 clar, que ya ha-
 y efectos del coler-
 arca experimenta-
 más de diez Deca-
 ntos y recueto la-
 ta que hacer más
 se porales de sus
 por calentes en tu-
 a con sus argumen-
 opuesto en defender

aquellas que nos
 conducto de Casti-
 de illos creyen-
 y eludida y desed
 Pi y Margall, en
 27 años.

no me viene a las
 republicano for-
 mado italiano, que
 socialismo europeo
 en ella de misca-
 del, del Inca, de la
 greso en unta de
 vanguardia social-
 el hombre como de
 a la base de en
 un que a través de

